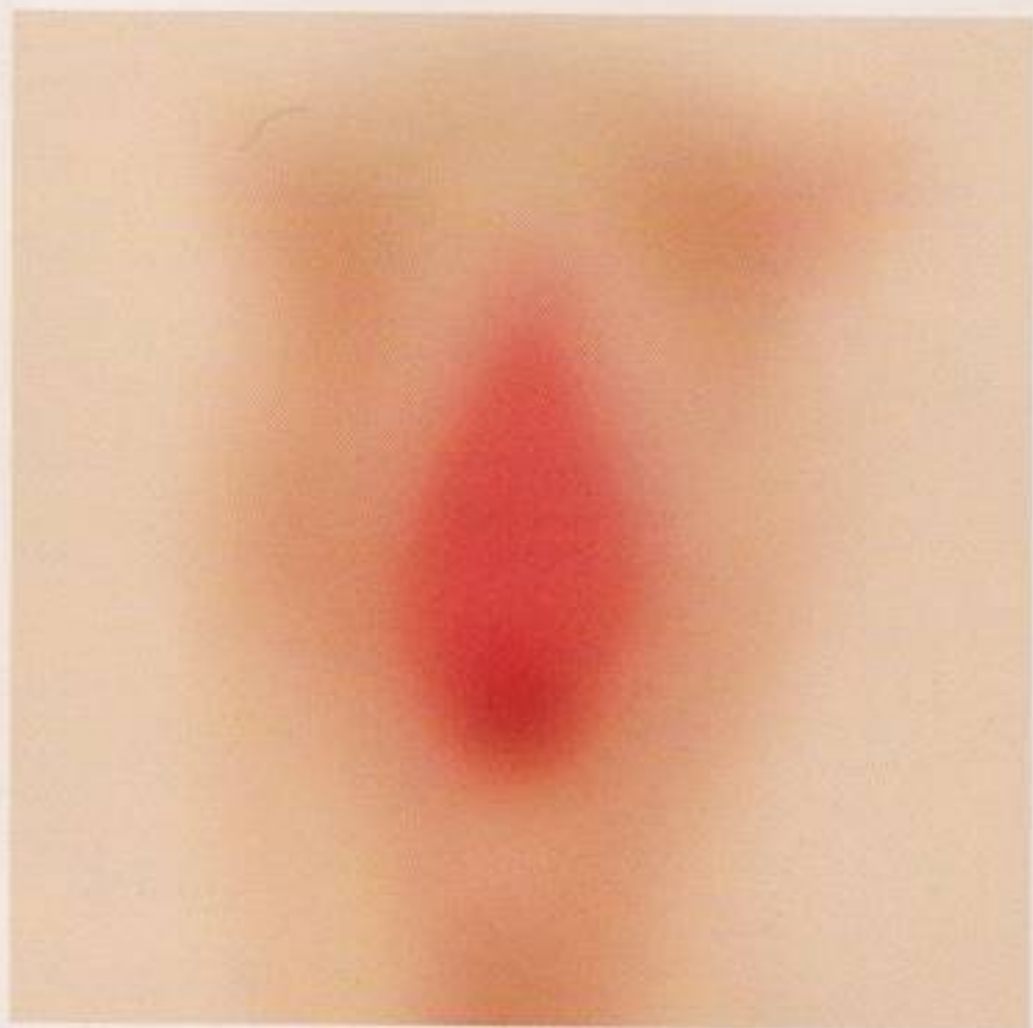


Mario Bellatin

---

*Damas chinas*



Un ginecólogo combina el pulcro ejercicio de su profesión con visitas regulares a prostíbulos. Un niño con una cabeza de dimensiones algo anormales le cuenta al ginecólogo la historia de una vieja tocada con una corona, mientras aguarda a su madre en la sala de espera. No hay espacio ni tiempo, sino únicamente acontecimientos pasados narrados en un presente distante, lejano, en el que se articulan los recuerdos de las relaciones entre individuos y el vacío que éstas conllevan: la relación del ginecólogo con su mejor, con su trabajo, con sus hijos, con las pacientes, con un niño, con sus amantes, con la enfermedad, con el dinero, con los propios padres...

Una vida narrada desde el escepticismo, donde la ausencia de juicios mantiene al lector en vilo, intentando captar el sentido del universo, los miedos y las glorias. La exposición directa, sin sentimentalismos de ningún tipo, sin acción, deja al lector sin asideros. Una novela misteriosa y perturbadora, un exponente más de la literatura silenciosa en la que el diálogo entre personajes y la presencia del narrador han desaparecido, como también el pasado. Con un estilo austero y depurado, de una belleza fría y enigmática, Mario Bellatin intriga y sorprende al lector, sin desvelar los misterios que envuelven a los personajes. Las pinceladas que componen este libro, que no sigue ningún orden lógico ni cronológico, se aclaran dentro del mismo desorden, al igual que lo marginal, amoral y extravagante de este mundo se entiende en relación con la cotidianidad y la normalidad. No hay rastro de conmisericordia, solo un vacío existencial donde la imaginación se presenta como la única vía liberadora posible.

... así también están forzados a entregar  
a los padres sus cuerpos muertos.

*Efecto invernadero*

## I

Cada vez que ingreso al consultorio me hago las mismas preguntas. Mirar la mesa de metal, con las cintas de cuero colgando de sus lados, hace que me cuestione si estoy realmente interesado en recibir a la docena de pacientes que diariamente llena mi consulta. El constante trato con mujeres parece haber modificado mi carácter. Siento que tocar sus cuerpos sólo con fines médicos deforma de algún modo mis deseos. De otra manera no entiendo por qué a mi edad necesito tanto acudir a los salones de masajes, ni por qué detengo el auto cuando veo a una muchacha caminando por alguna zona oscura de la ciudad. Rara vez me hacen caso, aunque hay ocasiones en que aceptan subir y dar una vuelta. Las suelo llevar a tomar una copa en un lugar discreto, o estaciono el auto frente a la orilla del mar. Esos encuentros suelen terminar en uno de los tantos moteles que alquilan por horas sus habitaciones. Nunca llevé a ninguna al consultorio: el olor clínico y el recuerdo de las escenas médicas que allí se han desarrollado, anulan desde el principio cualquier entusiasmo. Por eso he rechazado a las pacientes que me han hecho insinuaciones. También, a una enfermera que me habló de cosas impropias pocos días después de haberla contratado. La despedí antes de que cumpliera su primera semana de trabajo. Prefiero las experiencias anónimas. No son más que aventuras de escasa duración. Casi siempre se propician al salir del consultorio. Otras tienen lugar en las primeras horas de la tarde. No

me puedo exceder y olvidar el reloj. A pesar de que mi esposa no está pendiente de mis horarios, no quiero que comience a albergar ninguna sospecha sobre mi comportamiento.

Hace ya mucho tiempo que he dejado de preguntarme lo que siento realmente por mi esposa. Parece que estoy demasiado acostumbrado a su presencia. Creo que al momento de casarnos no calculé como es debido el asunto de las edades. Mi esposa es dos años mayor, hecho que carece de importancia cuando se es joven. Sólo cuando comenzó la maternidad y la crianza de los hijos, se fueron haciendo visibles los años que nos separan. En algunas reuniones les cuento a otros hombres mis aventuras en la calle. Al principio me hacían caso, algunos incluso me preguntaban por los detalles. Sin embargo, de un tiempo a esta parte noto que evitan el tema. De muchos, conozco una que otra lejana experiencia. Ahora parecen preferir la tranquilidad del hogar. Durante los inviernos organizan almuerzos a los que invitan a sus hijos y a sus nietos. En el verano suelen pasar los fines de semana en sus casas de playa sin preocuparles mayormente lo que ocurre en el exterior. Con mi esposa llevamos una vida semejante, aunque en los primeros años de matrimonio intentamos establecer una rutina algo mundana. La primera casa, por ejemplo, la compramos porque el área social era bastante atractiva. Contaba con dos salas espaciosas y una terraza con vista a un cuidado jardín. Que los dormitorios fueran un tanto incómodos, o que no contáramos con espacios privados cuando nacieran los hijos, no nos importó demasiado. En esos años, dedicábamos buena parte de nuestro tiempo a planificar cócteles y fiestas. Cuando mi esposa salió embarazada decayó en algo nuestro ritmo, pero inmediatamente después de dar a luz se hizo cargo de nuestra hija una niñera calificada.

He tenido dos hijos, uno de los cuales está muerto. La mayor se casó con un joven industrial, que parece estar satisfecho con el matrimonio. Tienen a su vez dos hijos, que me han convertido en abuelo. Pero, pese a las apariencias, noto que mi hija no está contenta con su situación. La siento nerviosa buena parte del tiempo. No creo que nadie lo advierta. Tal vez yo sea el único. Quizá deba esa percepción a los años que llevo como profesional. Al hecho de haber visto las reacciones de las mujeres ante distintas circunstancias. Cuando diagnostico que la protuberancia que aparece en el pecho puede ser maligna, cuando propongo una operación o cuando señalo que la criatura que está por llegar quizá tenga problemas al momento del parto, me enfrento a respuestas que a muchos dejarían con la boca abierta. No creo que mi hija pueda hacer mucho para remediar aquel estado. Tal vez le sirva de ayuda dedicarse a la crianza de sus hijos. Sé, además, que se toma un tiempo para seguir un curso de fotografía. Incluso me ha hecho algunas fotos. En una de ellas llevo el mandil blanco que utilizo cuando atiendo en la consulta. En fin, mi hija me ha dado una que otra alegría, pero de quien me es difícil hablar es de mi hijo menor. No sé qué sucedió durante su formación. Tal vez no hice caso a los síntomas que comenzaron a aparecer cuando aún era un adolescente. Recuerdo que empezó a presentarse en la casa con magulladuras en el cuerpo. Podía tratarse de una herida en la frente, algún rasguño en los brazos o una cojera pronunciada.

La seguridad económica la conseguí relativamente pronto. Aparte del consultorio con el que contaba, en cierto momento de mi carrera me asocié con otros médicos. Juntos, fundamos una clínica. En esa época nos mudamos de casa. Nos convenía un barrio más apartado y de mayor

clase. Mi esposa fue quien se encargó de los pormenores. La nueva casa era tan grande, que cada miembro de la familia contaba con sus propios ambientes. Mi esposa decoró una sala para que mis hijos recibieran a sus amigos. Estaban entrando entonces en la adolescencia, y creo que los hechos que definieron sus caracteres ocurrieron entre esas paredes. Todo parecía marchar bien, aunque yo había comenzado hacía un tiempo a sufrir una especie de crisis relacionada principalmente con mi trabajo. Cuando era estudiante, la medicina absorbía todo mi tiempo. Mi mayor deseo en ese entonces era llegar a ejercer sin preocupaciones mi profesión. Me parece importante aclarar que soy hijo natural. Mi madre tenía un carácter severo y mi padre, un médico famoso, estaba casado a su vez con una mujer con la que tenía tres hijos. Tal vez para demostrar que ni ella ni yo éramos menos que nadie, mi madre dedicó toda su energía a prever mi futuro. Me matriculó en colegios de prestigio y se preocupó por cada aspecto de mis estudios universitarios. Fue mi madre quien me instaló el primer consultorio. Luego comenzó el ascenso. Se inició con el matrimonio ventajoso que contraí: mi esposa pertenecía a una familia de renombre. Siguió con el cambio de consultorio a otro en una zona de más categoría. Vino después la compra de la primera casa, y cosas de ese estilo. Pero, hasta ese momento, mi vocación de médico era lo más importante. Ni mi boda ni el nacimiento de mi hija podían competir con la satisfacción de atender un parto o de intervenir quirúrgicamente a una paciente. Sin embargo, de pronto algo cambió. En determinado momento no quise seguir avanzando. Eso ocurrió precisamente cuando mis colegas me propusieron fundar la clínica. Por alguna razón desconocida, empecé a pensar que seguir adelante podía poner en peligro mi vocación. Recuerdo que en esa época disfrutamos con mi esposa un viaje de vacaciones. Recorrimos las islas más importantes del Caribe. Creo que apreciar la forma en que mi esposa disfrutó de ese crucero me llevó a olvidar mi deseo

de quedarme con lo que había conseguido hasta entonces. A nuestro regreso, firmé de inmediato el trato con los demás médicos.

Inicié de ese modo otra etapa en mi carrera. Es cierto que había disminuido mi vocación inicial, pero a pesar de todo seguí asumiendo mi oficio como un reto constante. Durante ese periodo nació mi hijo, participé en varios congresos en el extranjero, y con toda la familia hicimos más de un viaje de placer. Ese sistema continuó hasta cuando mis hijos crecieron. Dejó entonces de parecerme interesante también asumir mi profesión como una prueba que debía ir superando a cada momento. Advertí, con una especie de pánico, que comenzaba a ejercer la medicina de un modo casi mecánico. Con algo de esfuerzo traté de reprimir el temor que esta situación me empezó a causar. A partir de ese momento continué como si de veras estuviera comprometido con cada caso que se me iba presentando. Esta actitud no sólo logró darme cierta calma sino que, extrañamente, provocó que mis preocupaciones empezaran a centrarse en el aspecto externo de mi persona. Lo único que me comenzó a importar realmente era estar envejeciendo. Empecé a notar la edad no sólo viéndome a mí mismo. Allí estaba la constante presencia de mi esposa para recordarme que dejaba de ser un hombre joven. A partir de ese momento puse especial cuidado en mi forma de vestir. En esos años la moda experimentaba cambios importantes. Me tentó seguirla estrictamente, pero mi modo de vida me impedía alejarme del todo de una imagen un tanto clásica. Apenas me dejé crecer unos centímetros las patillas, y adopté el uso de blancos y colores pastel. Me viene a la cabeza un hecho especialmente desagradable, que me sucedió durante un bautizo al que había sido invitado con mi esposa. Era sábado. Aquellos días visitaba la clínica en las mañanas, para realizar una revisión de rutina a las pacientes



internadas. Esa vez tuve que hacerle una pequeña intervención a una mujer a la que había operado recientemente. Como se trataba de un caso simple, no me cambié de ropa para atenderla. Cuando llegamos al bautizo, una amiga de mi esposa hizo notar que una pequeña mancha de sangre aparecía en el pantalón blanco que me había puesto en esa ocasión. Traté de no darle importancia al asunto, pero la amiga insistía en preocuparse por la supuesta herida que me había hecho en la pierna. Parecía incapaz de establecer la relación entre mi profesión y la mancha. Muchos de los invitados miraron con detenimiento, y estoy seguro de que la mayoría intuyó al instante la verdad.

En ese entonces mi vida se reducía al simple hecho de dirigirme diariamente a la clínica o al consultorio. Por ese tiempo tuve mi primera aventura. Sucedió con una mujer que encontré delante de la cochera del edificio donde atiendo. Mi consultorio está situado en un moderno edificio, donde ejercen los médicos más prestigiosos de la ciudad. Cuenta con grandes ventanas de vidrios polarizados, lo que me permite ver desde mi escritorio el sol poniéndose en el horizonte. Consta de varios ambientes. Dispongo por eso de una pequeña sala donde realizo intervenciones menores. Como es habitual, aquel día me quedé en el consultorio hasta las ocho de la noche. No había tenido que tratar ningún caso extraordinario. Aquella jornada no se había distinguido de los cientos de tardes en que atiendo a una paciente tras otra. Recuerdo haber estado frente a dos mujeres embarazadas, a una que necesitaba el cambio de la T de Cobre y a tres que me visitaron para un examen general. Me estaba dirigiendo a recoger mi auto cuando vi a la mujer, de pie al lado de un poste de alumbrado público. No pensé en nada cuando me le acerqué. La saludé con miedo. Me dijo para irnos por allí. Quise aceptar al instante, pero no podía permitir que nos viera el encargado de la

cochera. Le contesté que me esperara en la esquina siguiente. Mientras encendía el auto, dudé sobre lo que debía hacer a continuación. En ese momento recordé a un niño de pocos años. Había estado con ese niño la semana anterior, cuando acudió al consultorio acompañando a su madre. La madre del niño debía visitarme en forma periódica. Siempre lo hacía llevando a su hijo consigo. El tratamiento que debía seguir la paciente era aplicado por mi enfermera. Yo debía estar atento sólo por si se presentaba alguna complicación. Aquella vez el niño se sentó, como de costumbre, en el sofá de cuero negro que tengo colocado entre la sala de espera y el consultorio. Mientras la enfermera preparaba a la madre, tomé asiento a su lado. El tratamiento debía durar por lo menos una hora. El niño lo sabía. Creo que por eso me contó una larga y complicada historia, de la cual no entendí mucho.

Escuché el relato del niño tal vez porque fue la forma más fácil que hallé de llenar aquel espacio muerto que se generó en mi consulta. Lo hice hasta que apareció la enfermera y me informó que la paciente había tolerado bien la sesión. Dejé al niño sentado en el sofá y fui a examinar a la madre. Esa noche, acostado en la cama al lado de mi esposa, volví a pensar en la historia que me habían contado en el consultorio. Sólo entonces reparé en que la cabeza del niño no tenía una redondez habitual. Casi al instante lo olvidé todo. Me quedé dormido. La imagen del niño y de la historia narrada volvieron a aparecer sólo cuando estaba dentro del auto a punto de encender el motor. Al momento de arrancar, tuve la esperanza de que la mujer no se encontrara esperándome en la esquina siguiente. Era posible que algún otro automovilista ya la hubiera recogido. Pero allí estaba, con una falda amarilla y un bolso con adornos de pedrería colgado del hombro. Todo sucedió en segundos. Detuve el auto, la mujer subió y partimos. Aún recuerdo el

golpe seco que hizo la puerta al cerrarse. Cuando aquella noche regresé a la casa, mi propia esposa había preparado la cena. Era tarde. Sin embargo, toda la familia estaba esperándome para sentarnos a la mesa. Se me ocurrió que, tal vez, se trataba de un día especial. Por la inquietud que noté en las caras de mi esposa y de mi hija, supuse que algo ocurría. Mi hijo no debía estar al tanto de la situación, porque comenzó a comer con su indiferencia habitual. Mi esposa esperó hasta el momento del postre para hablar. Mi hija iba a comprometerse en los próximos días. En la sobremesa me dijeron que los preparativos para la ceremonia estaban casi terminados.

Creo que sólo después de esa boda mi esposa y yo nos dimos cuenta de la magnitud del problema de nuestro hijo. Al quedar como hijo único, su presencia se hizo más evidente. Con mucha discreción consulté el asunto por teléfono con algunos colegas. Ninguno parecía tener una idea clara de cómo afrontar el caso. Recuerdo que hice las llamadas durante la luna de miel de mi hija. Me acuerdo que fue en esa época porque mantenía todo el tiempo, en el bolsillo de la bata con la que atiendo, una tarjeta postal enviada por los recién casados. Esa tarde tuve mi segundo encuentro fortuito con una mujer. En ese entonces aún no tenía experiencia con lo que sucedía en la calle. Acudí, por eso, a uno de los tantos salones de masaje que ponen sus anuncios en los diarios. Sabía que aquellos salones eran prostíbulos encubiertos. Aquella fue la primera vez que lo constaté. Para escogerlo me guie sólo por el nombre. Después de haber visitado varios de esos lugares, sé que en aquella ocasión tuve suerte. Se trataba de un lugar discreto, limpio, con un personal joven y amable. Hubiera querido convertirme en visitante ocasional. No fue posible, porque por miedo a la policía esos lugares cada cierto tiempo son desmantelados. Me molesta, además, frecuentar dos

veces a la misma mujer. Por eso combino ahora mis visitas a los salones con los encuentros en la calle. Frecuento también algunas casas de cita. Hasta hoy no he tenido problemas de mayor importancia, salvo la ocasión en que una mujer averiguó mi teléfono y mi dirección.

Nunca llegué a saber cómo logró conocerlos. Sucedió con alguien que recogí en una calle cualquiera. Tal vez encontró en el auto una de mis tarjetas de presentación. Con aquella mujer visité una playa solitaria. No la que acostumbran frecuentar las parejas. Su compañía me había dado cierta confianza. Nuestra salida, por eso, no se limitó a lo sexual. Hablamos también de algunos temas. Escogí esa playa porque en las otras había tenido molestas experiencias con sujetos que suelen espiar los autos estacionados. La mujer posiblemente revisó el interior del coche cuando bajé a comprar las latas de cerveza que me pidió, o tal vez la tarjeta se me deslizó del bolsillo. Llamó al consultorio para amenazarme con hablar con mi esposa si no le daba cierta cantidad de dinero. La dejé continuar sin responderle. Luego colgué y di la orden a la enfermera para que, ese día, no me pasase ninguna llamada más. No volví a saber de su existencia. Desconozco si alguna vez cumplió su amenaza. Mi esposa, al menos, nunca me lo ha hecho evidente. Quedé nervioso, aunque no tanto por el chantaje en sí. Lo que me preocupaba era no saber hasta qué punto podía manejar las situaciones que mi conducta empezaba a generar. En ese momento recuerdo que pensé nuevamente en la historia que me había narrado el niño en el consultorio. Sólo entonces me di cuenta de lo absurdo de su relato. Era evidente que se trataba de una invención. Más que sorprenderme la actitud del niño, me extrañaba que no hubiera puesto antes en duda la veracidad de lo contado.

El día de la llamada de chantaje, regresé a la casa de mal humor. No tenía ganas de ver a nadie. Lo más seguro era que mi esposa me recibiera con la mesa puesta. Mi hijo, seguramente, no se encontraría presente. Había tomado la costumbre de salir antes de que yo llegara. Creo que esa conducta mejoraba las cosas para todos. Esa actitud la asumí después de cierto incidente en el que me vi involucrado. Todo comenzó un amanecer en que tocaron el timbre de la casa en forma insistente. La noche anterior había regresado temprano del consultorio. Antes de dormir vi el noticiero y luego leí un par de capítulos de un libro que acababa de salir publicado. El sueño me sorprendió con el libro entre las manos. Sentí, lejanamente, que mi esposa me lo quitaba y luego apagaba la luz. Me despertó el timbre de la puerta. Por el intercomunicador, me anunciaron que mi hijo tenía problemas. Debía ir, de inmediato, a la estación de policía. Yo creía que mi hijo se encontraba en su habitación, aunque no recordaba haberlo visto llegar la noche anterior. Lo más probable era que lo hubiera hecho después de haberme quedado dormido. Cuando fui a su cuarto encontré la cama tendida. Unos tímidos rayos de sol caían sobre una colcha de rombos. Esa mañana supe que mi hijo había hecho uso indebido de una tarjeta de crédito robada. En los días siguientes tuve que llevar a cabo algunas gestiones para que lo pusieran en libertad nuevamente. Cuando después de tres días regresó a la casa, noté que comenzaba a hacer esfuerzos para que nos cruzáramos lo menos posible.

No quiero llegar a hacer ninguna afirmación al respecto, pero he notado que muchas veces mi estado de ánimo influye en mi labor profesional. Recuerdo que cuando comencé a dudar de mi vocación, hubo una sucesión de

muertes en los casos que tenía a mi cargo. Por supuesto no se trató de una relación directa. Aunque quizá existió cierta negligencia de mi parte. La primera víctima fue una madre que daba a luz. En el momento del parto era difícil saber que el niño no estaba en la posición correcta, aunque si hubiera sido más cuidadoso habría ordenado unas pruebas antes de la entrada de la paciente a la sala. El niño tampoco se salvó. El otro caso escapaba aún más a mi responsabilidad. La muerte fue ocasionada, esta vez, por un tumor que desde el principio estuvo diagnosticado como maligno. Después se dio la situación de una paciente que se suicidó al enterarse de su esterilidad por unos exámenes que le prescribí. Como puede verse, en todos los casos yo no tenía una responsabilidad mayor. Pero en mi interior sentía cierta culpa. Como si la energía que generaba mi estado de ánimo atrajera el mal hacia las mujeres que frecuentaban la consulta. Me sirve de consuelo pensar en el caso de cura milagrosa protagonizado precisamente por la madre del niño que habló conmigo aquella vez en el consultorio. Ese hecho me ayuda para equilibrar, de algún modo, mi tabla de desempeño profesional. A la madre del niño se le había diagnosticado un cáncer con ramificaciones. De ahí la frecuencia de sus visitas. Tenía que someterse a un tratamiento de quimioterapia. Como señalé, en forma invariable la paciente iba con su hijo. Parecía como si con el diagnóstico tan sombrío que llevaba encima no quisiera separarse ni por un momento de él. En una de las tantas visitas, no recuerdo exactamente en cuál, el niño estuvo nuevamente sentado a mi lado. Pero en esa ocasión no me dirigió la palabra. Había hablado conmigo solamente una vez. Sin embargo, el hecho de estar nuevamente juntos me hizo acordar de nuevos detalles del relato escuchado semanas atrás.

No recuerdo en qué momento la enfermera interrumpió aquel largo discurso. Tampoco sé cómo el niño logró con-

tármelo completo en un tiempo tan reducido. No creo haber añadido nada de mi imaginación. Me acuerdo de la figura vestida de blanco de la enfermera, saliendo a la antecámara con los guantes de hule aún puestos. La enfermera y yo abandonamos al niño y cerramos la puerta. La paciente estaba acostada en la mesa de metal. Se encontraba cubierta con una bata ligera. Noté que había disminuido la abundante cabellera que llevaba semanas atrás. El color de la piel se había opacado hasta adquirir un tono cenizo. Tenía los ojos cerrados. En una esquina estaba colocado el armazón de hierro del que colgaba la botella de suero que acababan de aplicarle. Cuando me encontré junto a la mesa, la enfermera acercó solícita el carro con los instrumentos clínicos. Comencé a palpar aquel cuerpo. Al sentir mis manos reconociéndola, la paciente se quejó en un par de ocasiones. En ese entonces el tumor tenía aún un tamaño considerable. Era el primer examen al que se sometía la paciente después de su tratamiento inicial. Sin embargo, a pesar de su estado físico notaba que su fuerza no decrecía en forma significativa. Se esforzaba por parecer animada. Mientras esperaba su turno, acostumbraba contarle cuentos a su pequeño hijo. Dos meses después, el tumor comenzó a disminuir. Luego de unas semanas desapareció por completo. Cuando ya no lo sentí más, ordené nuevos análisis. El resultado fue negativo. Incluso hice una pequeña intervención para cerciorarme. Al poco tiempo la declaré curada y, desde entonces, viene a hacerse los exámenes sólo en forma esporádica. Como de costumbre, el niño siempre la acompaña.

Ese es uno de los casos que considero de cura milagrosa. Suelen tratarse de cuadros clínicos con todos los elementos dispuestos para determinado desenlace. Pero por razones que estoy seguro ninguno de mis colegas ha logrado hasta ahora desentrañar, en ciertas ocasiones los cuer-